

LA República Francesa está en guerra con la religión». Esta frase se repite periódicamente aquí y repercute un eco en

el exterior. Hay cierto peligro de que la opinión de los pueblos americanos se extravíe, y de que se formen juicios adversos sobre un país que se enciege hasta el punto de provocar nuevamente las guerras de religión.

Debe declararse, ante todo, y repetirse con incansable energía, que la República Francesa no ataca a la religión católica ni a ninguna otra fe. Sólo por un abuso impropio del lenguaje pueden calificarse de «persecución» las leyes que se dictan, y que en el pensamiento de los legisladores de antaño, así como en el de todos los republicanos de hoy, no tienen más objeto que el establecimiento definitivo y la protección de la libertad de conciencia para todo el pueblo francés.

Es de desear que los americanos sepan exactamente lo que representa la escuela laica, atacada tan violentamente. No es más que la aplicación en forma inadecuada e incompleta del sistema escolar que rige en casi toda las Naciones del Continente Occidental.

Vosotros habéis instituido desde hace largo tiempo las escuelas elementales y superiores, en las que se observa la más estricta neutralidad en lo que se refiere a las cuestiones religiosas, y no sabemos en Europa que ninguna de las Iglesias que cuentan millones de feligreses en América haya denunciado este sistema como contrario a la moralidad o a los derechos de la conciencia humana. La instrucción religiosa se imparte fuera de las escuelas por los ministros de los diferentes cultos. Esta neutralidad de la educación dentro de la escuela y la completa libertad de la instrucción religiosa fuera de ella es precisamente lo que han instituido nuestras leyes en Francia.

Francia está, en verdad, menos avanzada que los países americanos en este respecto. Con toda felicidad habéis organizado el sistema escolar estableciendo la educación primaria y la secundaria absolutamente libres. Nosotros todavía estamos en el período de los proyectos vagos de escuela unificada o de cualquier otro método que proporcione un sistema escolar libre para todos, pues todos esos métodos tienen la hostilidad del partido clerical en Francia.

En lo que respecta al problema escolar en Alsacia-Lorena, la actitud del Gobierno republicano es más moderada. El clericalismo alsaciano se opone a la fundación por el Estado y por las Municipalidades de escuelas donde los alumnos católicos, protestantes y judíos se sienten en los mismos bancos. La creación de los Concejos Municipales de Estrasburgo y del Colmar, que se proponían la apertura de escuelas que realizaban esa unión provocó que el obispo de Estrasburgo se atreviera a escribir que debería «impedirse a Alemania imitar la felonía de Francia», y se declaró en abierta rebelión contra la ley, organizando huelgas de escolares.

En realidad, la cuestión no reside en la defensa de la religión, que permite la más completa libertad, sino en la lucha contra un Gobierno que no agrada a los grupos sociales y políticos que han unido sus fortunas a la de la Iglesia, para detrimento de ella. Es indisputable que la participación de la Iglesia, o mejor dicho del clericalismo, en la vida de la colectividad, a despecho de todas las declaraciones de neutralidad política, tiene una tendencia inevitable a ejercerse en línea paralela con la de los partidarios de los regímenes pasados y con las formas más semejantes a la del conservatismo social.

# La cuestión religiosa en Francia

Por JOSEPH CAILLAUX

(Exjefe del Gabinete y actual Ministro de Hacienda de Francia)

La reciente declaración de los obispos de Francia, cuya importancia algunos tratan de disminuir, demuestra con su propia

torpeza las tendencias reaccionarias del clericalismo francés.

Cuando califican de «ídolos» a los principios de la libertad, de la justicia y del progreso, que son la base de la civilización de la raza blanca, y que han inspirado todo lo que es grande en las democracias occidentales, entre las cuales figuran los pueblos de América, ¿no es verdad que los obispos de Francia atacan realmente la idea de la República y de la democracia, común a los pueblos de Francia y de América?

Cuando condenan las leyes del matrimonio civil, como rigen en todos los países menos en España e Italia, ¿no demuestran que sus conceptos están en oposición con la orientación general de todos los países? El divorcio, por cierto, tiene sus conveniencias y sus abusos, y ocasiona peligros sociales, que siempre han inquietado a los Estados y que pronto tendremos que estudiar en Francia, pero no es menos cierto que la evolución de las costumbres (norma fundamental en cuestiones matrimoniales) hace imposible admitir, como lo pretenden los obispos, la vuelta a la indisolubilidad del vínculo civil.

No debe disminuirse la importancia del manifiesto de nuestro Episcopado. Es una declaración de guerra contra el pensamiento moderno. Es, dentro de la constitución social de Francia, como plan político y social, un Syllabus de reacción tan inflexible como el publicado por el Papa Pío IX en el siglo anterior.

En lo que concierne al Estado, el manifiesto es una declaración de oposición eterna que adopta la Iglesia contra él. La República no es el único poder político que ha tenido que soportar las intromisiones de la Iglesia. Diez siglos atrás, los reyes de Francia se veían obligados constantemente a defender sus derechos civiles soberanos contra los asaltos teocráticos de Roma.

Hoy los defensores de los regímenes caídos se enrolan bajo las banderas de la Iglesia contra la República, y tratan de utilizar la inquietud general en provecho propio. La maniobra aparece evidente cuando se recuerda que comenzó el día en que el Gobierno anunció su intención de suprimir la Embajada ante el Vaticano.

Debe considerarse esta decisión como un proyecto poco feliz. La creación o la supresión de una Embajada ante la Santa Sede o ante cualquiera otra Potencia es un problema de política exterior. El problema sólo puede resolverse después de madura consideración de los intereses del Estado, y de conformidad con la política europea y mundial de Francia. Es admisible creer que el mantenimiento de la Embajada era necesario y deseable.

Pero sea que se mantenga o que se suprima la Embajada, esto no significa nada para la alarma o la satisfacción de los sentimientos religiosos del pueblo francés. Las relaciones de Francia con la Santa Sede no han sido siempre muy cordiales. Hemos tenido reyes que declararon la guerra al Papa. En esos tiempos el Clero francés contribuía financieramente al sostenimiento de los ejércitos franceses.

La República no pide tanto. Se contenta con mantener alto y firme el principio de la libertad, puesto que sus adversarios encontrarían muy difícil probar que haya impedido en el más pequeño grado la práctica libre de todas las religiones. Todos los clamores contra el Gobierno y contra la pretendida política antirreligiosa no son en realidad más que la expresión